

La otra cara de la moneda. Género, sexualidad y violencia en el contexto de la minería informal en Cotabambas y Chumbivilcas

Caroline Weill

ORCID: 0009-0001-5852-6895

Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, EHESS, París

caroline.weill89@gmail.com

Recibido: 18 de diciembre de 2023

Aceptado: 21 de febrero de 2024

Resumen

Este artículo busca analizar la dimensión de género de las transformaciones sociales y económicas generadas por la expansión de la minería informal en las provincias de Cotabambas (Apurímac) y Chumbivilcas (Cusco). Primero, explora las reconfiguraciones socioeconómicas entre el trabajo en la mina y la agricultura desde una perspectiva de género. Luego, intenta explicar por qué aumenta la violencia de género en contextos mineros, en relación a alcoholismo, asimetría de poder, patrones de masculinidad violentos, infidelidades, celos. etc. Tercero, aborda los cambios en la cultura sexual a raíz de la presencia de minería muy rentable, desde la salud sexual y reproductiva, la presencia de trabajadoras sexuales en situación de trata, etc. El artículo termina con una reflexión sobre el impacto del capitalismo en las relaciones de género y el estatus social de las mujeres.

Palabras clave: minería informal, género, sexualidad, Andes, Perú.

Abstract

The article seeks to analyze the gendered dimension of the social and economical transformations that derive from the expansion of informal mining in the provinces of Cotabambas (Apuímac) and Chumbivilcas (Cusco). It first explores the socioeconomical reconfiguration of labor between mining and agriculture from a gendered perspective. It then seeks to explain why gendered-based violence sores in mining contexts (alcoholism, power asymmetries, violent masculinity patterns, infidelities and jealousy...). Thirdly, it addresses the changes in the local sexual culture due to the presence of very profitable mining activities, such as sexual and reproductive health issues, the presence of sex-workers under the modality of women trafficking, etc. Lastly, the article closes with a remark on the impact capitalism has on gendered social relations and women's social status.

Keywords: informal mining, gender, sexuality, Andes, Peru.

Introducción

Este artículo es la versión resumida de una investigación del mismo nombre impulsada y coordinada por el Centro Bartolomé de Las Casas en el marco de una serie de trabajos que buscan comprender mejor las profundas transformaciones que atraviesa el sur andino peruano en relación a lo que se ha denominado un *boom* de la minería informal¹. En particular, esta investigación busca analizar la dimensión de género de las transformaciones sociales, económicas y culturales que genera la expansión de la minería informal.

El caso de estudio que se presenta es el de dos provincias colindantes: Cotabambas (Apuímac) y Chumbivilcas (Cusco), que se enmarcan en el particular contexto del Corredor Minero Sur Andino. Este espacio sociogeográfico articula

1 En este texto, usaremos por comodidad la noción «minería informal». Sin embargo, compartimos los cuestionamientos a ese término que se plantean en el informe «Minería artesanal y de pequeña escala en Chumbivilcas: un mapeo inicial», publicado por Derechos Humanos Sin Fronteras (2023). Tal informe señala que resultan a menudo confusas las categorías de escala o de legalidad-ilegalidad, formalidad-informalidad dictadas por el Estado. Estas clasificaciones borran a veces la informalidad o ilegalidad de ciertas acciones por parte de empresas transnacionales, consideradas legales (como incumplimiento de sus propios instrumentos de gestión ambiental, presión y *lobbying* sobre las entidades del Estado a cargo de su fiscalización) y hace invisibles los esfuerzos de formalización de actores considerados informales o ilegales, esfuerzos a menudo trabados por la propia burocracia y corrupción estatal. No es objeto de este artículo problematizar la forma de abordar este tipo de actividad minera, por lo que, para efecto de hacernos entender aquí, usaremos dicho término, aunque los términos alternativos propuestos por colegas —como «minería comunal» (Castro 2023) o «con participación comunal» (Escalante & Weill 2023)— también son utilizados para describir el mismo fenómeno, objeto de nuestro estudio en esta zona.

tres megaproyectos mineros cupríferos: Las Bambas (en manos de un consorcio de capital chino, MMG); Constanca (propiedad de la empresa canadiense Hudbay) y Tintaya Antapaccay (explotado por la empresa anglo-suiza Glencore). Estos tres proyectos son a cielo abierto y están conectados por una carretera, denominada Corredor Minero Sur Andino. Tanto dichos proyectos mineros como esta carretera generan importantes conflictos socioambientales, sea por el despojo de tierras, la contaminación ambiental o el incumplimiento de los acuerdos entre empresas y comunidades. En reacción a ello, entre 2015 y 2022, el Poder Ejecutivo peruano ha declarado 28 veces estado de emergencia (o prórroga del mismo) en la zona y las fuerzas del orden han sido regularmente desplegadas en los mencionados territorios en 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, y 2022, tanto para desbloquear las vías como para dispersar a los manifestantes (Zhang 2023). La persecución policial y judicial afecta a autoridades, como Oscar Mollohuanca —exalcalde de Espinar—, lo mismo que a líderes o simples ciudadanos (Saldaña Cuba 2016).

En este contexto de fuerte tensión social, desde hace algunos años se ha desarrollado lo que se denominó el *boom* de la minería informal (Weill & Layme 2024). Desde hace décadas, los hombres jóvenes de estas provincias migran en búsqueda de empleo remunerado, en un contexto de poca rentabilidad de la agricultura familiar (Mayer 2004), lo que es agravado por el cambio climático y las sequías y el empobrecimiento más general de las zonas rurales (Pachas 2019). Muchos migraron a centros de minería informal, como Secocha (Arequipa), La Pampa (Madre de Dios) o La Rinconada (Puno) debido a la brecha educacional entre el campo y la ciudad, además de los altos niveles de racismo y explotación en las zonas urbanas (Bebbington, Hinojosa, Humphreys Bebbington, Burneo & Warnaars 2008). La minería informal es, desde hace mucho tiempo, una forma importante de sustento económico para las clases populares en el país.

La pandemia de Covid-19 fue un factor acelerador de la expansión de la minería informal en el sur andino. Una de las razones fue la inmovilización social impuesta, por la cual muchos de los migrantes mineros regresaron a sus lugares de origen cargados de conocimiento técnico, algo de capital y contactos con inversionistas, con lo cual empezaron a explotar sus propios territorios comunales. Las formas de explotación minera son variadas. El control colectivo varía mucho de una comunidad a otra, entre: minería por socavón o aluvial; tipo de mineral explotado (oro, cobre, plomo); modalidad de propiedad de tierras (privada, comunal parcelada o mancomunada); acuerdos comunitarios para acceder a los recursos y tipo de compensación a la comunidad; regulación de ciertos aspectos, como el medioambiente o las infidelidades; etc. También se observa una gran diversidad de situaciones en función a cuán rentable es la minería en distintas zonas, el tipo de tecnología con la que se trabaja y el nivel de capitalización de la actividad.

Así, hablar de minería informal es referirse a una realidad altamente heterogénea y compleja; y hablar de «mineros» es aludir también a grupos sociales muy distintos,

integrados a distintas etapas del proceso minero, que se benefician más o menos de las ganancias y de forma más o menos duradera en el tiempo. A pesar de esta gran diversidad, un rasgo común en la minería informal en el Corredor Minero Sur Andino —y en particular en las provincias de Cotabambas y Chumbivilcas, donde su presencia es mayor— es una suerte de discurso reivindicativo de las comunidades sobre las riquezas de sus territorios: «la comparación con la gran minería es uno de los aspectos que legitiman a la pequeña minería» (Escalante 2022: 20). La justificación más común es que las personas necesitan trabajar y tener ingresos, y que las empresas no brindan el suficiente apoyo económico, mientras la minería informal sí da trabajo a las personas del lugar. Además, surge una suerte de reivindicación autóctona: al ser legítimos dueños de las tierras, ¿por qué no podrían beneficiarse de sus recursos? «Mejor aprovechar nosotros antes que venga una empresa y que se lleve todas nuestras riquezas; igual nos va a dejar contaminados, y más pobres» (comunero de Chumbivilcas). De cierta forma entonces, y siguiendo a Lahiri-Dutt (2018), se puede entender la minería informal como una de las formas de contestación y resistencia al extractivismo globalizado.

Las transformaciones socioeconómicas generadas por el *boom* de la minería informal son impactantes. En particular, en el distrito de Colquemarca (Chumbivilcas) y en las comunidades de Pamputa y Ñawinlla (Cotabambas), dos focos importantes del empoderamiento económico de las comunidades a raíz del *boom* minero, los cambios son profundos. En vez de chozas de adobe con techos de paja, en pocos años se han construido edificios de cinco o seis pisos. En vez de caballos, son cientos de motos, carros, camionetas, camiones y tráilers que transcurren diariamente las calles de las rápidamente crecientes urbanizaciones. Las fiestas, aniversarios, matrimonios y compromisos diversos toman proporciones enormes. La pequeña industria, como de construcción y ferretería, está floreciendo. Lo que antes era propio de la gran minería, ahora también se ve en zonas impulsadas por la minería informal.

Este empoderamiento económico de las comunidades tiene sin duda aspectos sumamente positivos: permite hacer frente al racismo de la élite local heredera de los hacendados (al revertir las históricas relaciones de poder social, económico y simbólico) y acceder a servicios de salud y educación en las ciudades. En un país profundamente atravesado por el clasismo y el racismo, «tener plata» es una manera de recuperar una cuota de dignidad que ha sido pisoteada por siglos de maltratos, exclusión, marginación y explotación. También, la minería informal hace posible que muchas comunidades tengan una mejor posición de negociación frente a las empresas transnacionales: en varias de ellas se afirma que se aceptaría el ingreso de empresas transnacionales a sus territorios, pero bajo las condiciones de ser socios y recibir un porcentaje de las utilidades. Ante la negativa de las empresas, las comunidades rechazan su presencia y sacan el mineral por sí mismas.

Es de suma importancia recalcar todo ello en un contexto nacional que tiende a estigmatizar la minería informal, desde los sectores más derechistas y conservadores, como el Colectivo País Seguro, hasta los progresistas ambientalistas que tienden a

homogeneizar las realidades nacionales con un tono algo criminalizante. Nos preocupa la manera abstracta de oponer «pueblos indígenas» y «mineros informales», cuando —en nuestra zona de estudio— son los propios comuneros, quechuahablantes, quienes están involucrados en la explotación minera de sus territorios. Lo propio fue estudiado por Lucero Reymundo (2022) en su tesis de antropología sobre la explotación aurífera por las comunidades nativas arakbut en la región Madre de Dios. Nos preocupa también la narrativa que presenta la minería informal como una «amenaza» a la democracia y a la institucionalidad del país. Consideramos que no se debe perder de vista que el Estado peruano está cooptado por intereses privados desde hace mucho tiempo (Durand 2016). Sin embargo, la prevalencia del sector privado en lo estatal parece ser objeto de alarma y debate acalorado solo cuando esos intereses privados son de un sector popular, racializado e históricamente marginado.

En este artículo, entonces, no quisiéramos aportar a la criminalización de las actividades de minería informal. Sin embargo, es preciso poner a la luz lo que producen las economías populares *capitalistas*, ya que, como ha sido ampliamente analizado por diversas pensadoras feministas, la explotación de las mujeres es intrínseca a la reproducción del capitalismo (Mies 1999; Federicci 2018; y otras). La economía minera, sea esta transnacional o informal, es capitalista y sumamente masculinizada, por lo que muchos de sus impactos negativos se los llevan las mujeres. Es precisamente esto, y los cambios en las relaciones de poder entre varones y mujeres en el marco del *boom* de la minería informal, lo que se propone indagar en el presente texto. La minería tiende a ser un mundo de hombres, estudiado por hombres: el interés por saber qué pasa con las mujeres en este contexto es frecuentemente minimizado, si no obviado por completo, por muchos colegas masculinos.

Para realizar esta investigación, se realizó un trabajo de campo y una serie de entrevistas a diversos actores en las provincias de Chumbivilcas y Cotabambas.

En Cotabambas, se trabajó en dos comunidades, Asacasi y Chacamachay. La comunidad de Asacasi y su anexo Ccasacancha, pertenecientes al distrito de Tambobamba, están ubicados a alrededor de 4000 msnm, y aún no están explotando minería informal en el territorio comunal. Sin embargo, muchos de los hombres van a trabajar como peones o perforistas en la comunidad de Pamputa, ubicada a tan solo 15 kilómetros. Pamputa es verdaderamente el corazón de la minería informal en Cotabambas. Es vecina del megaproyecto minero Las Bambas —es parte de su área de influencia directa— y en ella cada familia ha abierto su o sus labores. Se calcula que varios miles de personas trabajan diariamente en su cerro Chunta. La segunda comunidad es Chacamachay, ubicada a aproximadamente 3800 msnm y perteneciente al distrito de Mara. Se sitúa más cerca de la frontera con Chumbivilcas (Cusco) y más lejos de Pamputa. En esta comunidad, el trabajo minero a mano de comuneros es incipiente, pero existe. En setiembre de 2024, se había dejado de lado temporalmente esta actividad, y muchos hombres se dedicaban a otras cosas, como construcción u otros negocios.

En Chumbivilcas, el presente análisis se basa en la etnografía de nueve meses (en 2022 y 2023) realizada en el marco de mi investigación doctoral, en el distrito de Colquemarca y sus alrededores. Ubicado a unos 3600 msnm, la geografía de este distrito va desde los valles profundos (donde se produce alfarería y cerámica) y quebradas (con producción agrícola) hasta llanuras de lomas y colinas, que son las zonas ganaderas. Colquemarca es el «epicentro» del *boom* minero: en muy pocos años, ha pasado de ser uno de los distritos más pobres a pretender volverse el centro del poder económico y político de la provincia. Los «comuneros mineros» son una nueva figura de poder en la zona. Son buscados para ser compadres o padrinos (Layme Choque, 2023) y han ingresado masivamente en las peleas de gallos, espacio de poder simbólico hasta entonces controlado por los hacendados en Chumbivilcas.

Antes de pasar al cuerpo de este estudio, es preciso recordar que la violencia de género que se detallará a continuación no es exclusiva de los contextos de minería informal. Para empezar, la brecha educativa entre varones y mujeres se mantenía fuerte hasta hace una década aproximadamente, lo cual derivó en una forma de subalternización simbólica de las mujeres². Un estudio realizado en Apurímac, Cusco y Puno sobre los patrones socioculturales de la violencia contra las mujeres (Weill, Rocas, Zamalloa & Soncco 2023) resalta que esta es sistemáticamente utilizada para obtener trabajo gratis de ellas. Los celos y la maternidad «forzada» también son mecanismos ampliamente empleados para controlar a las mujeres y asegurar su dependencia hacia los esposos. La tesis en psicología de Lisbeth Guerreros y Tamara Ticona —sobre violencia familiar y dependencia emocional en mujeres de 18 a 35 años en Colquemarca— revela altísimos niveles de violencia, al punto que, según refieren, no es raro escuchar en Cotabambas de casos de suicidio de mujeres que no aguantan más la violencia de sus esposos. Es en este contexto de grave violencia de género que interviene la expansión de la minería informal.

Trataremos primero de explicitar los vínculos entre actividades productivas agrícolas y mineras y el rol y trabajo de las mujeres. Mostraremos, por ejemplo, que la pluriactividad agrícola con participación masculina se mantiene cuando la minería no es muy rentable, pero que tiende a desaparecer cuando se llega a generar mucho dinero. Analizaremos también la situación de cuatro categorías de mujeres: las esposas de trabajadores mineros, las cocineras, las integrantes de un negocio familiar y las socias-inversionistas mineras, para plantear, finalmente, que el trabajo femenino termina funcionando como subsidio a la actividad minera masculina.

La segunda parte examinará los factores que explican el aumento drástico de la violencia de género en contextos mineros informales: el aumento del alcoholismo,

2 Un comunero de Cotabambas, por ejemplo, explica la relación con su esposa en estos términos: «[ella] no tiene los mismos conocimientos que yo, ella no ha terminado su secundaria, y solamente tiene su primaria, y yo sí tengo mi secundaria completa. Ella es muy distinto, [...] y esito no es consciente. Trato de apoyarla, como ella no puede aplicar [sus conocimientos]». A través de estas palabras, se expresa una forma de jerarquización entre él y su esposa por su grado de instrucción.

la asimetría económica que deriva en asimetría de poder, los patrones de masculinidad violentos reactivados por el dinero que genera la mina, la situación de infidelidad generalizada que provoca celos masculinos y violencia y, finalmente, la impunidad imperante para los hombres que se han enriquecido con la minería.

La tercera parte se centrará en los cambios en la cultura sexual local a raíz de la presencia de minería informal muy rentable. Se analizarán los cambios en los discursos y prácticas sexuales de los adolescentes, que derivan en numerosos casos de embarazos adolescentes y abortos clandestinos, así como las epidemias de enfermedades de transmisión sexual (ETS). Se tratará de evaluar, por un lado, la situación de las trabajadoras sexuales desde una mirada que tome en cuenta su agencia y sus perspectivas de vida sin minimizar sus terribles condiciones de trabajo; y, por otro, el impacto en otras mujeres del lugar de la presencia de trabajadoras sexuales foráneas.

Finalmente, el estudio concluirá con una reflexión sobre el impacto del capitalismo en las relaciones de género y el estatus social de las mujeres. Se insistirá en que las transformaciones descritas no son exclusivas de los contextos de minería informal, sino que se trata de una realidad intrínseca a la reproducción y expansión de la economía de mercado capitalista.

I. Mujeres y trabajo: de la agricultura a la minería

Antes de pasar a analizar el rol de las mujeres en el trabajo de la minería informal, es importante recordar que ellas tienen, desde ya, un acceso limitado al trabajo remunerado. Como se ha demostrado en otros contextos (Weill 2020), ello es objeto de negociación individual y colectiva. Individual, en tanto los celos y las limitaciones impuestas por el esposo, así como la responsabilidad de los trabajos de cuidado, impiden a muchas mujeres dejar su casa para acceder a un trabajo asalariado. Es también una dinámica colectiva en el sentido de que se han dado casos de hombres que piden explícitamente a municipios o empresas *no* contratar a mujeres bajo la justificación de que ellas «se irían con los ingenieros».

Tradicionalmente, dentro de la lógica de cooperación familiar y de la división sexual del trabajo imperante, los hombres son los encargados de migrar en búsqueda de ingresos monetarios (Cortés 2002). No obstante, como lo subraya Patricia Oliart en un estudio en Quispicanchis (Cusco), «dentro del mundo local, la que administra la plata es la mujer y por tanto es obligación del varón darle hasta el último centavo» (2005: 71), aunque, crecientemente —como también lo señala Oliart, y se ha escuchado con mucha frecuencia en el campo—, los hombres «pasan la plata a cuenta gota», piden que la mujer rinda cuenta, diciendo que ella «mucho ha gastado», etc. Así, el (casi exclusivo) acceso masculino al dinero se ha vuelto un mecanismo de control y de dominación sobre las mujeres —algo que el contexto minero profundiza rápidamente, a raíz de varios factores—.

1.1. «Las mujeres no podemos entrar al socavón, no nos dejan»

Es notable que las mujeres son casi completamente excluidas del trabajo dentro las minas informales: solamente los varones se dedican a ello. Los argumentos sobre por qué las mujeres no pueden trabajar en los socavones son variados.

Algunos afirman que es por su propia protección y cuidado; otros, que las mujeres no podrían aprender este oficio, pues para hacer minería hay que ser valiente, fuerte —es decir, hay que *ser hombre*—. Las cualidades atribuidas a un buen minero están diseñadas en función a un ideal masculino del que, por extensión, las mujeres son excluidas. Otro argumento que justifica que las mujeres no entren a los socavones es que traerían «mala suerte». Esto hace referencia a una creencia comúnmente compartida de que los *apus* (espíritus del cerro) o la *pachamama* («madre tierra») se pondrían celosos si entrara una mujer, y desaparecería la veta de mineral. En el contexto boliviano, la antropóloga Pascale Absi (2005) detalla la evolución histórica de esa creencia, y muestra que la prohibición está socialmente impuesta cuando los precios de los minerales son altos, mientras que cuando bajan ya nadie presta atención a si hay mujeres que entran al socavón o no. Absi recalca así la función social de esta creencia de excluir a las mujeres de las actividades más rentables. Nos han indicado, por ejemplo, que en Pamputa las viudas están autorizadas por la comunidad a abrir labores y, por lo tanto, a entrar a socavones a supervisar la labor de los trabajadores. Así lo cuenta una inversionista minera chumbivilcana:

M: Yo siempre he entrado, dicen que es malo entrar, pero yo entro.

C: En Challa, donde usted aprendió, ¿también entraba?

M: No, no, no, ahí no he entrado, porque no tenía propio, pues. Otra mujer no dejan entrar, pues. Pero cuando es tuyo, tu gasto, tu plata, ahí sí. Tuyo.

Vemos entonces que esta creencia de «mala suerte» que prohíbe a las mujeres entrar al socavón se disipa cuando son dueñas del capital, por lo que se puede concluir que responde más a una manera de excluir a las mujeres de las actividades económicas más rentables.

Así, solo los varones van a trabajar a la mina, sea como trabajadores (peón, perforista, etc.) o al abrir su propia labor. Mientras tanto, en la abrumadora mayoría de los casos, las mujeres se quedan en las chacras. Lucía, comunera de Huaccoto (Colquemarca), indica que es incluso difícil conseguir jornaleros agrícolas, pues los salarios en la mina son bastante más altos (80 soles diarios para un peón, 120 soles para un perforista o maestro) que en las chacras (30 soles para las mujeres y 50 soles para los varones). Así, quienes se quedan en las comunidades, con los hijos, las chacras y los animales, son las mujeres, en una forma acelerada de «feminización de la agricultura» (Remy, 2014). Una comunera de Chacamachay señaló: «Ahorita

[aquí] estamos puras mujeres. Las mujeres nomás así trabajamos con nuestros animales, con los niños, así pues, en la chacra».

1.2. Minería poco rentable, minería rentable: impactos diferenciados

Este «abandono» masculino del trabajo agrícola, sin embargo, depende fuertemente de cuán rentable es la actividad minera.

En casos donde no es muy rentable, como en las comunidades de Chacamachay (Cotabambas) y Huaccoto (Colquemarca), la minería es asumida como una de las múltiples actividades a las que se dedican los hombres. Así como la migración masculina campesina es temporal y estacional (Cortés 2002; Oliart 2005), el trabajo en la labor minera propia se puede paralizar durante semanas o meses cuando las chacras requieren la participación activa de los hombres. De esta forma, en casos de minería comunal poco rentable, *se mantiene la pluriactividad familiar*. Ello se debe, en nuestra percepción, a una consciencia algo generalizada de que «con la plata vas a vivir momentáneamente, pero más adelante no vas a [poder]» (en palabras del expresidente comunal de Chacamachay, que tiene su labor en la comunidad). Por ello, muchas familias buscan mantener cierto «equilibrio al margen de la economía monetaria» (Hervé 2013) a través de la producción agropecuaria para el autoconsumo. Sin embargo, lo que se observa es un cambio en el tipo de productos que se siembran y animales que se crían, y también en el destino de esta producción, que se centra hoy casi exclusivamente en el autoconsumo y no está dirigida a la venta. La venta de productos agrícolas es una de las pocas actividades en las que las mujeres, al ir al mercado de productores, podían «agarrar plata»: el mencionado cambio de tipo de cultivo significa la pérdida de un potencial ingreso monetario para ellas.

Además, entre las temporadas de siembra y cosecha, el trabajo en la chacra recae siempre casi exclusivamente en las mujeres, lo que implica un aumento importante de su carga laboral (Programa Democracia y Transformación Global, PDTG, 2014). La ausencia de los hombres en la casa implica que las mujeres tengan que asumir no solo las tareas que ellas realizaban anteriormente, sino, además, la carga laboral que los hombres dejan de asumir. En el trabajo conjunto en la chacra, las mujeres trabajan un poquito más que los hombres, pero de manera general, se levantan a la misma hora y se acuestan juntos, hacen trabajos de dificultad y esfuerzo similar al mismo tiempo, etc. Ello contrasta fuertemente con los horarios de cada uno en temporada de trabajo asalariado del hombre: este se levanta varias horas después, y cuando regresa de trabajar ya no suele hacer nada en casa, sino estar con el celular o descansar³ La brecha entre varones y mujeres en cuanto a tareas que cumplir (es

3 Afirmación en base al cronograma de tareas por género elaborado durante un taller con mujeres en Chumbivilcas. Evidentemente, estas conclusiones responden a tendencias generales. Existen hombres que, al regresar del trabajo, se encargan de varias tareas domésticas. Sin embargo,

decir, a tiempo trabajado) y tiempo libre (tiempo para dormir, descansar o para el ocio) aumenta drásticamente cuando los hombres tienen un trabajo remunerado. Las mujeres asumen la totalidad de las tareas que antes se repartían; y el hombre ve aumentar su tiempo libre.

Donde la minería comunal es bastante más rentable, la organización productiva cambia aun más drásticamente. Se tiende a abandonar la agricultura por completo, o a «tercerizarla» contratando a parientes, vecinos o comuneros de otras zonas como peones agrícolas. En Colquamarca, un comunero indica que los mineros exitosos suelen «ponerle» algún negocio a su esposa —y que se lo pueden quitar en caso de separación— en una clara dependencia del trabajo femenino ante la buena voluntad y los ingresos masculinos. Según una extrabajadora del centro de salud de Pamputa (Cotabambas), en esta comunidad minera ya nadie se dedica a la agricultura: los hombres están en la mina y las mujeres «están en sus casas, se dedican a vagar». Si bien es difícil evaluar si es efectivamente así, la aspiración a una suerte de domesticación de las mujeres⁴ sí aparece en los testimonios recogidos. En la comunidad de Chacamachay, acerca de los comuneros que más éxito tuvieron en la minería comunal, el expresidente expresó: «Un ejemplo claro, acá ha construido su casa, tiene su carro, su esposa ya no trabaja, está en su casa, eso es el logro». En su perspectiva, que la esposa ya no trabaje es reflejo del éxito masculino, puesto que el hombre es capaz de proveer lo suficiente para cubrir las necesidades de la familia. Sin embargo, esta situación representa un costo para las mujeres domesticadas: en el contexto minero de la provincia de Espinar, una regidora comentaba: «Cómo será la vida de ama de casa: él tiene más poder, tiene la plata, entonces puede engañarla más, cuando ella está aburrida en casa». La cuestión del *poder* en la pareja subraya con fuerza cómo los cambios económicos a raíz del *boom* de la minería, y de la masculinización de los ingresos, implican un «debilitamiento del estatus de las mujeres» (Grieco 2018).

En los casos de mineros exitosos que sí mantienen una actividad agrícola, ellos tienden a contratar a personas de su propia comunidad, a menudo mayores —cuyo conocimiento en minería es menor, o cuentan con menos posibilidades de migrar—, para pastear sus animales o cultivar sus chacras. Ello significa que la diferenciación de clase se profundiza dentro de las comunidades entre comuneros ricos y comuneros pobres: los que tienen mayor capital social y económico han podido invertir para abrir su propia labor, mientras los más pobres terminan por trabajar como peones (mineros o agrícolas), como pastores, o como ayudantes en casa ajena en el caso de las mujeres. Estos vínculos entre patrón y peón, empleador y empleado, crean inevitablemente relaciones de dependencia y subordinación, a

muchos, al haber cumplido con su principal tarea —su trabajo remunerado y/o asalariado—, dejan de hacer las de la casa. Esto no pasaba cuando ambos trabajaban en el ámbito comunal.

4 Entendemos aquí la domesticación de las mujeres en el sentido de Federici (2018), es decir, la limitación de su espacio de vida y de socialización al ámbito privado, doméstico, y la consecuente subordinación femenina al salario masculino.

la par que generan envidias y frustraciones. Por ejemplo, en Cotabambas suelen comentar que «la gente [de Pamputa] es un poco creída». La cuestión de la envidia es crucial para entender esta actividad económica que profundiza las desigualdades y acrecienta las relaciones de poder entre familias (relación salarial), pero también dentro de la familia (poder masculino sobre la esposa que no trabaja por un sueldo).

1.3. Feminización de la agricultura y contaminación ambiental

En el contexto del Corredor Minero Sur Andino y de la feminización de la agricultura, la contaminación ambiental implica un golpe importante a la economía de las mujeres —y se asocia fuertemente con la presencia de empresas mineras transnacionales—. En un taller con dirigentas chumbivilcanas, estas recalcaron que las empresas «han contaminado, han soltado mercurio al agua y el polvo de los carros hace amarillar el pasto. Ya están contaminados nuestros productos, cuando a esa agua sucia ponen para hacer chuño. Ya no hay ni trucha en los ríos, muertos casi están. Una vaca murió llena de pus, el hombre pidió dinero a la mina». Recalquemos que la afectación ambiental es, antes que todo, económica: las economías de subsistencia que caracterizan tradicionalmente a las comunidades campesinas dependen del abastecimiento de agua limpia, tierras fértiles y aire respirable para producir el sustento económico de sus habitantes. Y en un contexto de feminización de la agricultura, es el trabajo productivo de las mujeres el que se ve impactado (Li 2009), además de su trabajo de cuidado, que se vuelve más pesado y complicado por los problemas de salud que desarrollan los miembros de las familias campesinas en las áreas de impacto directo de las empresas mineras (Weill 2022).

En claro contraste con esta realidad, en la zona de estudio la minería informal no genera (hasta la fecha) impactos ambientales muy pronunciados, salvo algunas excepciones. En la modalidad de minería por socavón (la abrumadora mayoría de los casos), el mineral extraído no es procesado en el propio territorio comunal, sino que generalmente es enviado a la costa, a Nasca o Arequipa. Así, por la externalización del procesamiento —la etapa más contaminante del proceso—, los territorios de extracción sufren (por ahora) poco o nada la contaminación derivada de la amalgama del oro por medio de mercurio, por ejemplo. Sin embargo, existen algunas excepciones, como el caso del anexo de Choccoyo, en Colquamarca, donde se realiza minería aluvial y se utiliza mercurio en el lugar, por ejemplo⁵. También se nos menciona que en Pamputa ya se estaría procesando el mineral —aunque falta información sobre el tipo y la escala de procesamiento para poder evaluar los posibles daños ambientales—.

5 La contaminación de las aguas que bajan de Choccoyo ha sido, de hecho, una fuente de conflicto con el distrito vecino de Chamaca, adonde llegan esas aguas.

En cuanto a contaminación, se debe mencionar también el polvo generado por la gran cantidad de camiones y volquetes que salen de provincias apurimeñas como Grau, Progreso y Cotabambas (Apurímac) en dirección a la costa: el polvo asfixia a los animales y cubre los pastos, que en consecuencia se secan y dejan al ganado sin comida. La exposición humana a material particulado (PM 10 y PM 2.5) está asociada a cáncer (al pulmón, mama y adenocarcinoma), hipertensión en mujeres, mortalidad por infarto cerebral e infarto de miocardio. De nuevo, vemos en este aspecto que el grado de contaminación es relativo a la escala de extracción y a la tecnología empleada.

Aparte de lo anterior, un factor importante que caracteriza a la minería informal es la regulación comunal que se aplica. En Colquamarca, la mayor parte de las comunidades que desarrollan actividades mineras han formado un comité de vigilancia ambiental —la denominación de este tipo de organizaciones puede variar— para asegurarse, por ejemplo, de que ninguna labor se pueda abrir al lado de un ojo de agua o debajo de una carretera. Es notable el contraste entre los esfuerzos comunales por regular la minería, actividad potencialmente contaminante, y la legislación ambiental nacional, cada vez más flexible y permisiva con las empresas mineras (Neyra 2017). Esto sin mencionar su capacidad de influencia para presionar a funcionarios de alto y mediano nivel a fin de agilizar los trámites de validación de los estudios de impacto ambiental⁶. Sin idealizar, ni pecar de ingenuidad ante la realidad de la gestión comunitaria de la minería, hay que reconocer los esfuerzos de regulación desplegados por muchas comunidades, que parecen ser algo más sinceros (y efectivos) que los del Estado peruano.

El resultado es inapelable: en una zona de fuerte presencia de minería informal como Colquamarca, la señora Daniela considera que irse de su chacra sería dejar un lugar donde, dentro de todo, se siente libre y útil (en la chacra), y donde no tiene que «rogarle» a nadie para comprarse un helado. En cambio, en la zona de afectación directa de la empresa Tintaya-Antapaccay (Espinar), la señora Melisa —de 65 años— dice que se siente sola (sus hijos han migrado por temor a la contaminación), que su chacra ya no produce lo suficiente ni para comer (el agua contaminada quema los pastos y las cosechas) y que depende del dinerito que sus hijos le mandan desde la ciudad para vivir. Así, vemos que la afectación ambiental, que principalmente se da a raíz de las empresas mineras grandes, impacta directamente en la economía de las mujeres (por la feminización de la agricultura), afectando así su autonomía.

6 De acuerdo al testimonio de una persona cercana que trabaja en la oficina del Ministerio del Ambiente (Minam) en Abancay, que testificó sobre las numerosas presiones para imponer a la fuerza y sin mayor control los proyectos mineros a gran escala en la región.

1.4. Los distintos roles de las mujeres en la economía minera

Veamos ahora los distintos roles y posiciones económicas que ocupan las mujeres en la economía minera. Proponemos la siguiente tipología de ellas, que, si bien nunca puede abarcar la totalidad de la sociedad, consideramos que describe un panorama general relativamente cercano a la realidad: esposa de trabajador minero; cocinera de campamento minero; mujer integrante del negocio familiar minero; y socia minera.

a) La esposa del trabajador minero

Como se mencionó en la introducción, la cercanía geográfica de la comunidad de Asacasi (Cotabambas) al foco de la minería informal, que es la comunidad de Pamputa, significa una fuerte atracción en los hombres para ir al cerro Chunta como trabajadores más o menos temporales.

Varias personas comentan que el comportamiento de ellos cambia de manera sustancial cuando empiezan a trabajar en la mina. Paulina, comunera de unos 45 años, comentó: «Los varones que van a trabajar lejos son malos, se conocen con otras mujeres y cuando regresan a casa se comportan mal con sus esposas, no les parece nada para su gusto o agrado». Y agregó: «Los varones, al regresar de su trabajo, vuelven todo molestos, renegando, aburridos y no reciben la comida; y encima con celos les persiguen a sus esposas porque ellos piensas que hacen lo mismo sus esposas, al igual que ellos hacen cuando están en la mina». Las numerosísimas infidelidades son confirmadas también por parte del personal del puesto de salud de la comunidad, así como por un comunero de Asacasi que tiene «tres enamoradas» en la mina, aparte de su esposa.

Estas infidelidades de los trabajadores mineros no solo generan tensiones y peleas en las parejas, sino que crean una disputa por los ingresos monetarios derivados de la mina tanto dentro de la pareja como entre mujeres. Paulina comentó: «La plata no dan como debe ser, porque el dinero lo gastan con las mujeres de la mina y también están pensando en las mujeres que conocieron en la mina y es una pena». En Chumbivilcas, una comunera comenta acerca de las infidelidades de su esposo y explica que lo que «más le duele» es que ella «nunca faltó en alcanzarle un plato de comida». Es decir, ella sigue trabajando para él y para la familia, mientras los recursos que él genera los gasta en todo menos en ella. Es la ruptura de la reciprocidad económica, aunque asimétrica desde siempre, lo que resulta problemático. Así, se puede plantear que la «disputa» entre la esposa y la amante (o la trabajadora sexual), más allá de todo, tiene un componente económico central. Una inversionista minera chumbivilcana, en este sentido, contó: «Los varones un ratito bajan al pueblo, dos mil tres mil soles se lo acaban, las chicas todo se lo sacan, los hacen tomar. Las chicas del bar, que atienden, [les dicen] “tienes que tomar cervezas”, entonces tenemos que tomar medidas nosotras». Aquí se ve una clara inversión de la responsabilidad: no

son los hombres que tienen la culpa de esta plata «perdida», sino las «chicas». En un mundo donde los hombres monopolizan el acceso a los recursos mineros, las mujeres *dependen* de una relación con ellos (matrimonial o como amantes) para acceder a dichos recursos, y las consecuencias de la infidelidad se pueden entender como una competencia entre mujeres para lograrlo.

Por esta dependencia, es que se vuelven bastante trágicos los casos de abandono familiar por parte de los esposos infieles. En la comunidad de Asacasi, Daniela afirmó que «algunos dejan. Viven con otra mujer, pe. En el trabajo [se han conocido], en las Bambas igual, y en Pamputa igual es. Ellas [están] con eso nomás, con Programa Juntos. Chacra hacen también en ayni, viene pe [el esposo] cuando tiene otra amante, viene. Igual pasa en todas las comunidades. Así es, así abandonan». Los casos de madres abandonadas tienden a incrementarse sustancialmente en las zonas donde los hombres salen a trabajar en las minas informales. Por otra parte, la realidad socioeconómica de las madres solteras es particularmente cruel: el cuidado de sus hijos las ata a la casa, pero la necesidad de dinero las obliga a dejarlos a cargo de algún pariente para salir a trabajar. La carga laboral, incrementada durante las ausencias temporales de los varones, se vuelve sistemática, y muchas madres solteras se ahogan en las responsabilidades productivas, reproductivas, comunales, organizativas, etc. Además, varias de ellas tienen que acudir a uno de los pocos trabajos remunerados al que tienen acceso: ser cocineras en los campamentos mineros donde se enfrentan a retos importantes.

b) La cocinera del campamento minero

Pilar, de 18 años, es cocinera en el campamento minero en la comunidad de Huaccoto (Colquemarca) donde trabaja su esposo. Sus horarios son muy pesados: se levanta a las 3 de la mañana para preparar el desayuno para 18 hombres y trabaja casi sin descanso hasta las 8 de la noche. Cuando los trabajadores tienen libres desde el sábado a mediodía hasta el domingo en la noche, Pilar realmente solo tiene libre entre el sábado en la noche y el domingo a mediodía, puesto que debe limpiar después de las comidas e ir a trabajar antes para prepararlas. Es un trabajo duro que paga relativamente poco: unos 1200 o 1300 soles al mes (el trabajador minero que está más abajo en la jerarquía laboral gana 1920 soles). Una comunera de Asacasi contó que para un hombre no es rentable trabajar en la cocina de los campamentos mineros informales, pero para las mujeres, excluidas de otras oportunidades laborales en este sector, es lo que hay.

Lo que más destaca de la experiencia como cocinera son los abusos de carácter sexual que sufren a mano de los trabajadores. En Pamputa, las únicas mujeres que se encuentran laborando en el campamento minero son las cocineras, y, según el personal del puesto de salud de Asacasi, «a las cocineras, toditito les pasan». Así también en Colquemarca, donde una joven amiga de la zona contó que sus hermanos

le han prohibido ir a trabajar de cocinera por miedo a que aparezca violada o descuartizada. En la comunidad de Huaccoto, los mineros sufren para conseguir cocinera porque las mujeres no quieren subir a vivir encerradas con hombres que suelen tomar alcohol después del día de labor minera, y donde el acoso y el abuso sexual son pan de cada día.

Ante tanta presión sexual, algunas mujeres—si no muchas—, madres solteras, buscan seducir a los mineros. Un primer objetivo, claramente, es «sacarles» dinero (hacerse invitar a cenar, ir de paseo, etc.). Por ello muchas cocineras preguntan a todos los mineros cuánto ganan, y empiezan a coquetear con el de más alto salario, luego con otro y otro, hasta que «alguno caiga». Pero, a la par, es innegable que «pertenecer» al jefe permite que los demás trabajadores dejen de fastidiarlas. La única forma para una mujer de no estar potencialmente disponible para todos es ser la propiedad de uno, preferiblemente del jefe. En una suerte de reversión de la situación de violencia y dependencia, estas mujeres recuperan algo de control a través de su sexualidad, que intercambian por dinero, estatus y protección. Esto, evidentemente, es muy mal percibido por la sociedad, y en particular por las demás mujeres. De alguna forma, el «estigma de la puta» (Pheterson 1993) se aplica también a aquellas madres solteras que buscan salir adelante y sobrevivir en este contexto de hombres depredadores sexuales, porque mediante ello se rompe las normas de moralidad sexual femeninas.

c) La integrante del negocio familiar minero

Cuando las labores de las minas empiezan a ser algo más rentables y se necesita más mano de obra, sus dueños—es decir, las familias comuneras que abren una labor en la comunidad— suelen gestionar su trabajo como un negocio familiar. En este caso, la dominación masculina sobre el acceso y manejo de los recursos es algo menos marcada, dado que las esposas o hermanas pueden asumir una serie de tareas: llevar los sacos de mineral al quimbaleta para que sea molido; gestionar la relación con los clientes; asegurar el abastecimiento de comida y otros insumos. Así, en el negocio familiar, las mujeres tienen mayor participación y reciben la parte de los ingresos que les corresponden.

Sin embargo, su participación no es en igualdad de condiciones. En casos que se ha podido observar, los hombres iban a la labor «un par de horas» y luego se dedicaban a hacer otras cosas, mientras las mujeres estaban «siempre pendientes y disponibles». También, el conocimiento técnico—monopolizado por los varones— les da a ellos una ventaja importante al momento de tomar decisiones sobre el negocio familiar. Esto tiene como consecuencia que, si en teoría todos y todas pueden opinar, parece que en la decisión final pesan más unos que otras. En los gastos de la familia también se refleja esa asimetría de poder (los gastos en peleas de gallo, un espacio de prestigio masculino, por ejemplo). Finalmente, los casos de infidelidades con una

cocinera son frecuentes, lo que humilla a la esposa, que entonces busca integrarse al mundo minero por cuenta propia, al margen de los vínculos con su familia y el negocio de su esposo.

d) La socia minera inversionista

Otra posición relativamente ventajosa para las mujeres en los escenarios de minería informal es el estatus de socia, de inversionista. Son relativamente pocas las mujeres que están en este negocio. Entre ellas, muchas son solteras, pero también varias tienen pareja. Se encuentra que incluso la mayoría conocen a su pareja en la mina, como socias. Es el caso de Matilda, mujer de 38 años que salió de su pueblo a los 17 años y rápidamente se acercó al mundo de la mina. Así cuenta ella su experiencia:

M: Yo siempre he tenido amistades que son perforistas, siempre me han hablado, y a veces cuando no están, a veces me contrataban domingos en la costa. No trabajaban los trabajadores, entonces como yo seleccionaba, me contrataban para cuidar los domingos. Entonces yo subía los domingos, con mi hija que era pequeña y mi hermana, las dos íbamos y entrábamos, y venía el encargado. «¿Quieren ver?». «Sí, ¡quiero ver!», entramos pues. Así aprovechaba [para] entrar, él nos guiaba: «Ahí está la veta, así tiene que ir, la roca tiene que ir para así» y todo nos explicaba, ahí aprendí. A espaldas de los dueños, pues.

C: Y el resto de la semana, ¿qué hacía?

M: Seleccionaba mineral, como pallaquera⁷. Y así nomás, en eso he trabajado. Y juntando plata ahora tengo a mi mandato varios.

Matilda cuenta que para expandir el negocio el apoyo de su esposo —un perforista al que conoció trabajando como socia— ha sido crucial: «Los trabajadores no me querían hacer caso. Entonces, no, que tienes que pagar alto, así. Por ser mujer [no me querían hacer caso]». Pero también el conocimiento técnico de su esposo es una gran ventaja para ella: «Él tiene más ojo, es maestro, pues». Nuevamente, el desnivel en el conocimiento técnico implica cierta asimetría en la pareja inversionista. Una mujer soltera sí puede ser socia, pero, para ampliar los negocios, tener como pareja un minero es bastante mejor.

Matilda y su esposo se reparten el trabajo: ella atiende las labores de la parte baja, su esposo las de la parte alta. Ella gestiona, por lo general, todo lo que tiene que ver con la alimentación y suele llevar el mineral a Nasca para que sea procesado. Son las mujeres las encargadas de llevar el mineral, pues los hombres tienen que quedarse

7 Como lo indica el testimonio, las pallaqueras, conocidas en Bolivia como *pallakiri*, son mujeres que seleccionan los restos de roca desechada por los mineros, que son las sobras, de alguna forma. No se estudia esta figura aquí, pues no hemos encontrado a nadie trabajando como pallaquera en Cotabambas, tampoco en Chumbivilcas.

a supervisar las labores en el socavón; pero también porque cuando los hombres van a Nasca «agarran la plata, se lo toman». La tensión sobre los gastos del negocio familiar, al que ella también contribuye, vuelve a aparecer aquí: la producción de valor es colectiva, ya que ambos participan, pero al gastarlo en tragos y mujeres el esposo privatiza esa riqueza producida conjuntamente. De cierta forma, él se apropia del trabajo femenino. Esa brecha entre quien produce la riqueza y quien tiene el control sobre los gastos implica que, a distintos niveles, el trabajo femenino funcione como subsidio para la minería informal masculinizada.

1.5. El trabajo femenino subsidia a la minería informal masculina

La minería informal a mano de comuneros no es una actividad segura: depende del «factor suerte». A veces se gana, a veces se pierde, y pocos son los que realmente han tenido un éxito prodigioso.

En medio de estas fluctuaciones, se puede observar que el trabajo de las mujeres termina siendo la base de amortiguamiento de las aventuras mineras de los hombres. El abogado de la Defensoría Municipal del Niño y del Adolescente (Demuna) de Santo Tomás (Chumbivilcas), por ejemplo, refiere que las señoras que van a demandar a sus esposos por infidelidad o abandono cuentan con tristeza que ellas los apoyaron cuando su labor estaba en pérdida —es decir, invertían todo el dinero familiar sin cubrir los gastos ni sacar beneficios—, que su trabajo en la chacra les dio de comer, que nunca les faltó un plato de comida en la casa cuando la labor no producía. Sin embargo, cuando el esposo «golpeó» —es decir, cuando encontró la veta y la producción de mineral empezó a ser muy rentable—, se «olvidó» de su esposa, empezó a gastar el dinero en su amante, y la dejó abandonada. Luego, cuando terminó la veta, y con ella el dinero rápido y en gran cantidad, volvió a la casa, a hacerse atender como si nada hubiera pasado. El trabajo de las mujeres en la economía de subsistencia alimenta a la familia, incluyendo al esposo, sin remuneración: los hombres mineros gozan del trabajo gratuito producido en el ámbito familiar-comunal a través de la agricultura de subsistencia, lo que les permite atravesar las temporadas de «vacas flacas» cuando la labor no produce, pero cuando sí produce, no reparten los beneficios.

Es el caso de Nilda, de 35 años aproximadamente, esposa de un comunero-minero de Colquamarca. Hace unos años, Nilda tenía una tienda de abarrotes. Mientras su esposo y la familia de él trabajaban en la mina, venían a su tienda a alzar cualquier producto: gaseosas, galletas, etc., sin pagarlos, como si ella les «debería» regalar el producto de su esfuerzo. Cuando quiso reclamar, la miraron de mala forma y comentaban que ella «no era solidaria». A la larga, Nilda tuvo que cerrar su tienda, porque la extracción de víveres para necesidad de la labor minera de su esposo la hacía inviable. Eso se da a menudo cuando los esposos mineros le «ponen» una

tienda a su pareja para que ella la administre: la tienda no se entiende como un negocio autónomo, sino dependiente y al servicio de las actividades mineras.

Así, vemos que el trabajo femenino, sea en agricultura de subsistencia o en comercio, tiende a volverse una suerte de subsidio para las actividades mineras de los hombres de la familia. Los mineros no podrían ir a la mina sin el trabajo diario, invisibilizado y no remunerado de las mujeres. Este trabajo, que sí es reconocido y valorado de cierta forma cuando es compartido entre hombres y mujeres, se vuelve «poca cosa» a los ojos de los mineros cuando empiezan a ganar buen dinero, pues son servicios que pueden comprar fácilmente en el pueblo: recibir comida en un restaurante, hacer lavar su ropa en una lavandería, ser atendido sexualmente en prostibares. Esta depreciación del valor del trabajo de las mujeres no lo hace menos esencial; y cuando desaparece la veta, muchos mineros regresan a su casa a «exigir» un plato de comida.

De alguna forma, podemos plantear que la feminización de la agricultura es la condición *sine qua non* para que los hombres puedan ser más libres y más móviles gracias a la mina. Dado que los animales domésticos implican la necesidad de una presencia permanente en la casa-chacra, la movilidad del varón —sin perder la seguridad de la autoproducción agrícola, por si desaparece la veta o se queda sin trabajo— implica necesariamente mayor fijación al territorio comunal de la mujer. Así, la feminización de la agricultura «libera» a los hombres de la obligación de tener presencia permanente en la casa-chacra sin perder la seguridad alimentaria. Esta diferencia de movilidad genera bastante resentimiento en las mujeres que pudimos entrevistar: «Va con otra mujer. Ahí camina feliz. Tú en la casa, triste» (comunera de Ccasacancha). La libertad de uno se da necesariamente a costa de la mayor responsabilización de la otra⁸, en una suerte de «feminización de la responsabilidad y de la obligación» (Chant 2006).

II. ¿Por qué aumenta la violencia en contextos mineros?

Se ha vuelto un sentido común que la violencia de género aumenta en los contextos mineros, sean formales o informales. Sin embargo, se necesita entender por qué ocurre este abrupto aumento, y por qué llega a hacer sentir inseguras hasta a aquellas que trabajan en el sector salud o educación —o en el trabajo de campo para la investigación— en zonas rurales que «deberían» ser bastante tranquilas.

8 Esto es cierto principalmente en el caso de los trabajadores y de sus esposas, pero, como lo vimos, las esposas de dueños de minas que se «quedan en casa» también ven su movilidad fuertemente reducida, en «un ideal femenino de movilidad controlada» (Bonfil 1998, citado en Oliart 2005).

2.1. Aumento de consumo de alcohol

Un primer factor que explica la creciente violencia de género en contextos mineros, y que resulta bastante evidente, son los altos niveles de consumo de alcohol. Los socavones son oscuros, dan miedo, y el alcohol consumido con hojas de coca y cigarros (para la protección espiritual) es un ritual cotidiano. En la primera hora, cuando se agrupan los hombres antes de entrar al socavón, se dedican a tomar y a picchar. Este ritual genera costumbre: «Al inicio es una tapita, luego dos tapitas, luego medio botella, luego toda la botella» (comunero chumbivilcano). La falta de control y de supervisión resulta en muchos accidentes por trabajar en estado de ebriedad avanzado. Además, al salir de la mina, muchas veces los hombres se quedan tomando. Los niveles de consumo de alcohol han aumentado tanto que, en Colquemarca, las mujeres suelen decir que con la mina nada ha cambiado, solo que sus esposos llegan más frecuentemente borrachos a casa.

2.2. Asimetría económica, asimetría de poder

El segundo factor tiene que ver con la creciente asimetría económica entre varón y mujer que describimos en la primera sección. Como se mencionó, en los lugares donde los hombres se van a trabajar a la mina o explotan el mineral en su territorio, la producción agropecuaria, si es que se mantiene, se limita al autoconsumo, y las oportunidades de conseguir ingresos monetarios para las mujeres son más limitadas. Sumado a eso, se debe tomar en cuenta que en las zonas donde la minería se vuelve rápidamente rentable van desapareciendo los mecanismos tradicionales de acceso a bienes y servicios no monetarios, como el *ayni*, la *mink'a*, etc. Lo que se ha llamado la *monetización* de la economía⁹ implica que la sobrevivencia económica tenga necesariamente que transitar por un intercambio de dinero: pagar por productos en vez de intercambiarlos, o pagar a un jornalero en vez de prometer retribuirlo con mano de obra en el futuro. Además, hay que tomar en cuenta que el costo de vida tiende a aumentar drásticamente en zonas mineras como Yauri (Espinar), Colquemarca (Chumbivilcas) o Challhuahuacho (Cotabambas, colindante con Pamputa). Así entonces, en un contexto donde los ingresos de las mujeres se vuelven más limitados, pero crecientemente se necesita dinero para alimentar a la familia, la dependencia económica hacia el esposo tiende a aumentar. Una primera explicación de la violencia es que se ejerce para que la esposa deje de «pedir plata», para que deje de exigir a su esposo que le dé para los gastos familiares y, finalmente, para callarla.

9 «Ahora todo es plata, si no tienes plata puedes morir de hambre» (comentario de una comunera de Colquemarca).

Esta mayor asimetría económica deriva a menudo en una mayor asimetría de poder. En Cotabambas, el personal del puesto de salud de Asacasi confirma que los niveles de violencia psicológica aumentan cuando los hombres se van a la mina: «Les insultan, hacen comparaciones [con sus amantes en la mina], “no sirves para nada”. Hay bastante suicidio de mujeres, de tanta violencia psicológica». En Chumbivilcas, mujeres de una asociación de artesanas reportaron que sus esposos las insultan al decirles: «Tú tienes mano, ¿para qué pides dinero? ¡Trabaja pues!»; o también: «Estoy trabajando, llevando plata. Tú no haces nada», concluyendo ellas que «la mujer está dedicada en la casa, por eso pues humilla». De alguna forma, el empoderamiento económico *de los hombres comuneros* por la minería informal deriva a veces en un menosprecio por las mujeres, que no han sido empoderadas por el dinero y la movilidad social hacia y dentro del mundo de la mina. Una segunda explicación de la violencia, entonces, es subrayar la superioridad masculina reforzada por el dinero de la mina, frente a una mujer que no se ha integrado a la economía monetaria de la sociedad nacional, que no ha «podido» salir del espacio socioeconómico de la comunidad.

2.3. Patrones de masculinidad violentos

En el marco del empoderamiento masculino, es preciso entender los patrones de masculinidad que condicionan y orientan su expresión sociocultural. El caso del distrito de Colquamarca permite entender particularmente bien la construcción de las identidades masculinas en la zona. En Chumbivilcas, la figura masculina más prestigiosa es la del Qorilazo. Se trata de una figura metafórica para los habitantes de esta provincia que encarna los valores de valentía, virilidad, bravura y habilidad para montar caballo, torear, tocar música y «enamorar a las mujeres». El Qorilazo deriva de personajes históricos muy concretos: los hacendados. En Colquamarca, donde las familias de estos han logrado mantener una fuerte presencia social y política, el Qorilazo está asociado a los abigeos, los cuales, según la antropóloga estadounidense Deborah Poole (1988), son precisamente lo mismo. El abigeato surgió del poder personal del hacendado en el siglo XIX, antes de transformarse con el tiempo en robos por parte de los «muchachos» de los hacendados. Hoy, sin embargo, todos los hombres quieren ser Qorilazos, sobre todo cuando toman y se enorgullecen de algún éxito personal, por ejemplo, en la mina.

De esta realidad sociocultural surge también la figura del *warmisuwa*, el ladrón de mujeres. El Qorilazo, como buen hacendado, «enamoraba» —raptaba o violaba— a las mujeres que se le cruzaban. Esta figura está muy presente en el contexto cultural colquemarquino, tanto en los bailes donde los danzantes vestidos de Qorilazos lacean a las mujeres al representar el rapto, como en el mural en el estadio de fútbol, que representa, entre otras tradiciones típicas de Colquamarca, a un hombre llevando a una mujer en su hombro. De nuevo, esta representación sociocultural tiene hondos

raíces en la realidad histórica del distrito: una comunera de Huaccoto, al relatarme su vida, explicó que ella fue raptada por el hijo de un hacendado, que la había violado, y que de él había tenido su primer hijo. Pero también dijo que tales costumbres están bajando con el tiempo. En este sentido, la violación, en particular contra mujeres campesinas, es la expresión de estatus social alto, de hombre poderoso.

Sugerimos, entonces, que es en el marco de este patrón de poder masculino blanco-hacendado que se deben entender las alarmantes cifras de violencia sexual que son reportadas por la población de la zona y se expresan en cuestiones como: estudiantes encontradas borrachas, drogadas e inconscientes detrás del colegio o en el último piso del mercado; mujeres jóvenes violadas por los choferes de mototaxis en Santo Tomás; niñas violadas a lo largo de las carreteras por donde transitan los camiones cargados de minerales. Un trabajador del colegio José María Arguedas de Tambobamba, originario de la comunidad de Asacasi, nos mencionó algo que resume lo anterior: «Quieren enamorar a la fuerza, quieren raptarla. Les gusta una chica, ella no quiere, y la quieren raptar. Antes no era así, enamoraban a la chica y ella daba su consentimiento».

Mary Weismantel (2017) también subraya que en los Andes la violencia sexual es un rasgo particular de la masculinidad blanca. Si efectivamente, «la plata [de la mina] blanquea» (comentario de un colega antropólogo originario de la zona), entonces no es de sorprenderse que algunos hombres campesinos empiecen a querer comportarse como los hombres blancos que han marcado estos territorios —los hacendados— con dichas formas de violencia hacia las mujeres campesinas. Y si ese patrón de masculinidad precede a la expansión de la minería informal, el empoderamiento económico de algunos varones debido a la minería reproduce y profundiza esas modalidades de masculinidad blanca violenta.

2.4. Aumento de las infidelidades, desde los celos hasta la violencia

De igual forma que en estudios anteriores realizados acerca del Corredor Minero Sur Andino, aquí encontramos que «la cuestión de la infidelidad es transversal y central en las entrevistas, y como lo hemos visto, íntimamente articulada a la cuestión económica en acelerada transformación con la presencia minera» (Weill 2020). En Colquemarca, una joven comunera comentó a fines de 2023 que «la infidelidad ya no es novedad, desde hace un año y medio» —desde el *boom* de la minería informal—. En el puesto de salud de Pamputa, por otra parte, se ha notado que «las mujeres que aparecen con herpes, eso es porque el esposo la engaña. Ellos dicen que no, que les ha picado una araña, que tienen un grano, pero ellas en su inocencia no saben, es que él ha estado con otra».

Paradójicamente, la propia infidelidad de los varones es motivo de mayor violencia contra las esposas. Primero, «las mujeres se celan con otras. Y como el

varón es un poco machista, al toque reacciona» (comunero de Asacasi). Segundo, el hombre al ser infiel empieza a imaginar que su esposa podría estar haciendo lo mismo, y por los celos (generalmente imaginarios) le empieza a golpear más. Sin embargo, si la gran mayoría de infidelidades se dan por parte de los hombres, también existen casos de mujeres que dejan marido e hijos para irse con un minero de fuera.

Uno de los efectos del mayor dinero disponible en las comunidades por la minería informal son las fiestas: en Colquemarca, los aniversarios, matrimonios, cumpleaños, bautizos, etc., toman proporciones extravagantes (Layme Choque 2023). En esos espacios las mujeres locales llegan a conocer a los mineros que trabajan en la zona: hombres «de fuera» que tienen «mejor trato» y son «menos fríos que los hombres de aquí». Como se ha argumentado en el caso de Espinar (Weill 2023), la presencia de trabajadores foráneos con alto estatus social (tanto económico como simbólico) implica que, ante la insistencia de ellos, las mujeres (solteras y casadas) «ceden» o «caen». Esto parece cierto tanto en casos de megaproyectos mineros como de minería informal muy rentable. Por otro lado, la masificación del acceso a celulares y redes sociales —en buena parte desde la pandemia, pero también por el dinero de la mina— abre mayores canales de comunicación para las infidelidades femeninas. Hay que subrayar que, según se comenta, a menudo estas ocurren como *respuesta*, o como venganza, a una infidelidad masculina. Y como susurraron una vez, en voz baja, unas dirigentas chumbivilcanas, allá por 2016: «¿Cómo le vamos a juzgar si una mujer le deja a su esposo borracho que total le pega y no le da ni un sol?».

Entonces, donde circula mucho dinero por la minería, sea formal o informal, se construye un ambiente social donde la infidelidad se generaliza, tanto así que todos sospechan de todos, todo el tiempo. Este es un caldo de cultivo para los celos masculinos, que se expresan generalmente en insultos de carácter sexual: «Eres una puta, eres una perra», y en golpes reiterados.

2.5. Impunidad para los violentadores en el contexto minero

Lo que más resalta de las conversaciones y entrevistas que se ha podido tener sobre la violencia de género en contexto minero es una afirmación generalizada y desesperanzada: «no hay justicia para las mujeres», ni en la comunidad, ni ante el Estado.

Tanto en Chumbivilcas como en Cotabambas, las mujeres entrevistadas subrayan que se suele rechazar la participación de mujeres en las asambleas comunales, por lo que las preocupaciones específicas de ellas, como el aumento de la violencia familiar, raras veces se abordan en dichas asambleas. El Estado tampoco es una solución ante el aumento de violencia familiar. Varios factores contribuyen a eso: la dificultad de acceder a transporte para ir hasta la capital distrital donde

se encuentran los Centros de Emergencia Mujer, las comisarías de policía o los fiscales; el costo del transporte cuando se tiene un limitadísimo acceso a recursos monetarios; las largas horas de espera para que se les diga que les falta un papel y que vuelvan al día siguiente; y, a veces, el maltrato por parte de los funcionarios, que las revictimizan, ponen en duda su palabra, las culpan de la violencia que reciben o llaman a conciliación... Además de todas estas dificultades, presentes en contextos mineros y no mineros de todo el sur andino, el factor minero influye en el sentido de que allí hay aun más impunidad: «Los hombres pagan y les sueltan de la comisaría», dicen desde la comunidad de Asacasi. Esta realidad también se ha encontrado en Colquamarca, realidad que agrava la desprotección y la vulnerabilidad de las mujeres ante las múltiples formas de violencia que sufren en estos contextos mineros.

III. Minería, género y sexualidad

Una dimensión fundamental de los cambios que se dan en las relaciones de género con la expansión de la minería informal, aunque también de la formal, es relativa a la sexualidad, entendida como un aspecto central de las relaciones de género (Tabet 2018). En esta última sección, analizaremos los cambios en las representaciones y las prácticas sexuales de los y las adolescentes —uno de los aspectos más notables del caso—, así como sus consecuencias. Luego, veremos cómo el entrar en una relación sexual y/o afectiva con un minero puede constituir una trampa para muchas jóvenes, hundiéndolas en un círculo vicioso de pobreza y violencia. Finalmente, estudiaremos los efectos sociales que provoca la presencia de trabajadoras sexuales en el marco de la trata de personas en los centros mineros informales, pero también formales.

3.1. Cambios en la sexualidad adolescente

Los cambios en el comportamiento sexual-afectivo de los y las adolescentes es probablemente uno de los aspectos más espectaculares en las transformaciones sociales en Colquamarca a raíz del *boom* de la minería informal. Hasta antes de la pandemia de Covid-19, los adolescentes solían ser tímidos, reservados. Se avergonzaban al referirse a la sexualidad. Hoy, hablan abiertamente de ello, sacan preservativos en clase y bromean con los profesores sobre el tema. En el colegio, profesoras y tutoras explican que el tema de la sexualidad satura las conversaciones de las y los adolescentes desde segundo grado de secundaria. La estrecha relación entre minería informal y sexualidad está bien subrayada por este testimonio de un trabajador del colegio en Tambobamba (Cotabambas): «Desde acá las chicas van a trabajar a la cocina de Pamputa; regresan diciendo que hay mucho eso de la sexualidad».

Durante la pandemia, numerosos adolescentes —que tenían desde 14 o 15 años— fueron a trabajar a minas, ya que el acceso a internet para las clases virtuales era sumamente deficiente en esta zona rural, y también debido a que la rápida expansión de las labores mineras requería mano de obra. Hasta la fecha, siguen trabajando en los socavones en turno de tarde o los fines de semana. Ahí estuvieron, y están, en contacto con hombres mayores, a menudo foráneos, que suelen hablar mucho de mujeres y de sexo¹⁰. Al ser un tema tabú en las familias e insuficientemente trabajado en los colegios, la educación sexual de muchos adolescentes varones colquemarquinos se realiza en el contacto con otros mineros. Y dentro del ámbito del colegio, los cambios en los alumnos de 15 a 17 años terminan por influenciar a los menores. Al respecto, la directora de un colegio en Colquamarca insistió en la necesidad actual de tener talleres sobre educación sexual desde el primer grado de secundaria.

Los adolescentes mineros están también frecuentemente en contacto con trabajadoras sexuales, sea en los campamentos o en prostibares. En Colquamarca, los jóvenes cuyo bolsillo está lleno de su sueldo minero suelen ir a tomar a los lugares donde atienden las «cariñosas», o «damas de compañía», como se conoce coloquialmente a las trabajadoras sexuales. En el caso de Pamputa, se tiene estrictos acuerdos sobre el manejo de las labores mineras: el ingreso de trabajadoras sexuales está tajantemente prohibido en los campamentos o en la comunidad. Sin embargo, a diez minutos en moto o carro de Pamputa, se ubica la comunidad de Ñawinlla, que se ha especializado en los servicios de hoteles y restaurantes, pero también de bares y discotecas para los mineros informales, donde se encuentran las trabajadoras sexuales. Los mineros de Pamputa también van a Challhuahuacho, centro urbano cercano a las operaciones del megaproyecto Las Bambas y que queda a una hora, donde se encuentran más de 50 trabajadoras sexuales¹¹. El otro dato que se debe tomar en cuenta es que a las cocineras —las únicas mujeres foráneas aceptadas en los campamentos— «les ofrecen dinero los trabajadores de la mina. Hay como cuatro mil o cinco mil trabajadores en Chunta. Vienen de todo el Perú, mayores, de toda edad» (comunero de Asacasi). De cierta forma, se puede entonces considerar que muchas cocineras cumplen también el rol de trabajadoras sexuales, de una forma u otra —algo que ven y aprenden los adolescentes y jóvenes que trabajan en Pamputa—.

Aprender que se puede obtener sexo a cambio de dinero es algo que luego tiñe las relaciones amorosas que pueden surgir entre adolescentes. Profesoras y alumnas en Colquamarca comentan que las chicas «se pegan» a sus compañeritos que vienen

10 Para dar un ejemplo: un ingeniero que iba a almorzar al puesto de mercado donde yo comía no dejaba de decir que estaba buscando su amor colquemarquino, que quería conocer a mujeres solteras, que él era soltero y quería tener una aventura con una mujer del lugar, etc. No se le escuchó hablar de otro tema durante los almuerzos en los que coincidíamos en el mercado.

11 Según la Red de Salud de Cotabambas, la cifra de 50 trabajadoras sexuales, establecida por el Ministerio de Salud (Minsa), no toma en cuenta las cifras —por ser inexistentes— de EsSalud, por lo que se considera que la cantidad real es mayor todavía.

con sus motos, o incluso «se regalan» por un celular o una recarga móvil. Muchos hombres consideran que, por pagar a las trabajadoras sexuales, tienen el derecho de «hacerles lo que les venga en gana», incluso de golpearlas o de agarrarlas a la fuerza —lo que se refleja en que los chicos ya quieren, como se mencionó, «enamorarlas a la fuerza» a las chicas—. A la par, para las chicas, aprender tan joven que se puede obtener cosas materiales por medio de favores sexuales es un riesgo importante para su concepto de futuro: ¿hasta qué punto buscarán fuentes de ingresos propios, lo que les brindará autonomía económica y una puerta de salida en caso de estar en una relación violenta, si han aprendido que las cosas materiales se obtienen por medio de regalarle sexo a un hombre?

3.2. Afectaciones a la salud sexual y reproductiva

El cambio en los patrones sexuales adolescentes no se reduce a discursos y representaciones. Las señoras del mercado de Colquemarca indican que encuentran regularmente a niños de hasta 12 o 13 años teniendo relaciones sexuales en estado de ebriedad en el último piso (vacío) del mercado. A raíz de esta sexualidad adolescente extremadamente activa, sin orientación adulta ni acceso a la información o medios de protección adecuados, los casos de embarazos adolescentes han aumentado drásticamente en Colquemarca. Esto es ahora una de las principales fuentes de preocupación de la comunidad educativa, en particular de las madres, que llevan la mayor parte de los trabajos de cuidados. Se ha identificado 12 casos de embarazo adolescente en 2022 y, aunque la cantidad bajó ligeramente en 2023, varios casos no se registran porque los padres sacan a su hija del colegio sin dar mayores explicaciones. En el puesto de salud de la comunidad de Asacasi, se reporta para 2023 y 2024 que también hay un fuerte aumento de embarazos adolescentes. Es preciso recordar que muchos de estos embarazos implican un proyecto de vida trunco y, como veremos más adelante, también se vuelve una situación dramática de pobreza y violencia para muchas madres solteras.

A la luz del trabajo de campo, queda claro que las cifras de embarazos adolescentes están fuertemente subestimadas, porque la mayoría de estos nunca se registran y terminan en abortos clandestinos. En Colquemarca, a fines de 2023 contamos alrededor de 12 boticas para una población de 7000 habitantes. Se piensa que la principal razón de esta gran cantidad sería que en sus sótanos se practican abortos clandestinos. Un extrabajador de la red de salud de Cotabambas comentó: «En el centro de salud de Ñawinlla, cantidad de casos de catorce y quince años vienen a salud materna. [...] Venían las chicas, las bajarían de Pamputa, acá les limpiaban el sangrado del aborto que se hacían en Ñawinlla. En emergencia las evacuaban a veces a Cusco, unos ocho a diez casos al mes recibían, eran niñas de quince a diecisiete años, de Ñawinlla». Acá de ninguna forma pretendemos condenar la práctica del

aborto en sí. Sin embargo, la *clandestinidad* de los abortos en nuestro país pone en riesgo la salud y hasta la vida de aquellas mujeres que acuden a realizarlos: al no contar con las condiciones sanitarias adecuadas, ni con los controles posteriores debidos, las afectaciones a la salud pueden ser graves. Es un hecho que la realización de varios abortos en condición de clandestinidad puede llevar a sangrados abundantes y desembocar en la muerte de la mujer.

Sin embargo, para muchas adolescentes colquemarquinas, el embarazo y el tener que abortar ya no es un asunto tan importante. Lo que más les preocupaba a fines de 2023 era el riesgo de contagiarse de alguna ETS¹². Los profesionales de salud confirman el aumento drástico de casos de ETS desde 2020 o 2021 —es decir, a partir del inicio de la pandemia— y desde el *boom* de la minería informal. En Cotabambas, la red de salud provincial señala que los casos registrados de VIH-sida y de sífilis corresponden al puesto de salud de Vilcaro (Coyllurqui), ubicado a unos 40 kilómetros al norte de Pamputa, que «es un sector que trabaja para la mina».

Sin llegar a enfermedades de tanta gravedad, en comunidades mineras muchas mujeres se quejan de infecciones y flujos vaginales, un asunto nuevo y desconocido. En la posta de salud de Asacasi, las fases iniciales de las ETS y los problemas de flujos vaginales están en aumento. La coordinadora de la red de salud indicó que «la gonorrea se puede confundir con un síndrome de flujos vaginales: para distinguirlos, hay que hacer pruebas, cultivo, etc. y mandar al hospital, y todo es complicado y costoso». Se puede entonces afirmar que las afectaciones a la salud sexual son mucho mayores de lo que es registrado actualmente por el Estado y que no se cuenta con los recursos suficientes para hacer seguimiento de estas epidemias ni para tratarlas adecuadamente.

3.3. El círculo vicioso de la minería: del engaño al trabajo de cocinera, y de la pobreza a la violencia

Las problemáticas de salud sexual y reproductiva no son el único drama que azota a las mujeres que entablan relaciones sexual-amorosas con mineros en las zonas de estudio. Sorpresivamente, encontramos en Cotabambas una suerte de círculo vicioso que ya habíamos identificado en Espinar (Weill 2020): los mineros «engañan» a las jóvenes, y las dejan embarazadas o con un hijo en una situación económica

12 Las cifras al respecto son, nuevamente, difíciles de establecer, pues muchas de las personas potencialmente infectadas prefieren hacerse atender en Cusco o Arequipa para que esta información delicada no se pueda filtrar en un pueblo chico como Colquemarca. Las cifras proporcionadas por el Estado no son muy fiables, pues según los propios coordinadores de la Red de Salud manifiestan: «Otro problema es que a veces los médicos no registran el caso con el código correcto, por eso no se llegan a registrar todos los casos correctamente». Hay que entender las cifras oficiales del Estado de este tipo de indicadores como aproximadas, mas no como retratos perfectos de la realidad.

desastrosamente precaria; a raíz de ello, muchas jóvenes se ven obligadas a ir a trabajar en o cerca de las minas como cocineras o «damas de compañía», lo cual, como se mencionó, suele implicar cosas similares.

Vimos en la subsección anterior que las adolescentes y las jóvenes «se pegan» a los mineros para poder acceder a un celular, un viaje, unas zapatillas nuevas, etc. Sin embargo, no solo «se pegan» a adolescentes de su propia edad, sino también a hombres mayores que han ido de todo el Perú para trabajar en las minas de Colquamarca o de Pamputa. Un comunero de Asacasi explica que los mineros de Pamputa van en moto a enamorar a las chicas que pastean sus animales, están con ellas un par de meses, luego las abandonan y empiezan a salir con otras, pero dejan un hijo en cada una. En Colquamarca también las estrategias matrimoniales (y de vida) de las jóvenes se redirigen hacia los mineros por el alto estatus socioeconómico que representan: «Una señorita ve a un minero y ve que su futuro está hecho realidad, diciendo “ya tengo mi futuro con mi pareja minero”» (alcalde escolar del Colegio Integrado). Muchas chicas piensan «solucionarse la vida» al entablar una relación con un minero. Sin embargo, la asimetría económica y de poder que crea la minería entre varones y mujeres permite a los hombres jóvenes multiplicar las «conquistas» y deshacerse de la responsabilidad de sus relaciones sexual-amorosas. Pueden prometer muchas cosas y nunca cumplir: «Qué van a decir los papás de la chica, si no tienen plata» (comunero de Asacasi)¹³.

La situación socioeconómica de estas jóvenes madres solteras es, según nos han descrito, bastante catastrófica: «Lo *malogran* a las chicas de cuarto o quinto año, ellas se quedan sin nada» (comunero de Asacasi). Muchas dejan el estudio y se quedan en la casa de sus padres, pastean los animales de la familia, volviéndose una «carga» económica para la familia. Cuando logran conseguir una pareja, a veces la presencia de un primer hijo anterior es fuente de conflicto: la nueva pareja no quiere dar dinero para el que no es «su» hijo, a la vez que los vínculos con el papá de tal primer hijo, incluso para exigir una pensión alimentaria, pueden provocar celos de la nueva pareja, peleas y violencia¹⁴. Y cuando las jóvenes no vuelven a establecer una pareja, la necesidad económica las empuja a buscar trabajo como cocineras en las minas informales, donde sufren acoso sexual y abusos. Si, como se mencionó, algunas revierten esto coqueteando y estableciendo relaciones sexual-afectivas con mineros, sus condiciones de trabajo se parecen mucho a las de las trabajadoras sexuales, situación que examinaremos a continuación.

Observemos entonces cómo la presencia importante de mineros llegados de todo el país implica que muchas jóvenes ven su perspectiva de vida cada vez más

13 Esto es algo que Patricia Oliart también menciona: «Si los padres de la chica no tienen los recursos sociales para “hacerla respetar”, ella puede quedar abandonada» (2005: 29).

14 Obviamente esto no sucede en la totalidad de los casos, y algunas mujeres se vuelven a casar felizmente. Pero es suficientemente frecuente para que ello haya sido comentado muchas veces durante el trabajo de campo.

dependiente de hombres empoderados por la minería. Un minero, que goza de un estatus material y simbólico alto, la «engaña», dejándola como madre soltera en una situación de pobreza dramática. Esto la obliga a ir a trabajar para y con otros mineros, que gozan de un poder económico y sexual muy grande sobre ella. Esta es otra suerte de trampa sin salida en la que las mujeres se encuentran cada vez más empantanadas en la violencia.

3.4. Presencia de prostitución y trata de personas

Es algo de «sentido común» que los entornos mineros sean focos de prostitución. Sin embargo, hasta donde nos ha llevado la investigación sobre el tema, la minería formal y la informal son parte de un mismo circuito de trata de mujeres con fines de explotación sexual. Donde hay «hombres con plata», también se encuentran mujeres ofreciendo servicios sexuales.

a) La situación de las trabajadoras sexuales: «salir adelante» en medio de la violencia

Cabe resaltar que hablamos aquí de servicios sexuales y no meramente de prostitución, pues los servicios que se prestan y tienen un carácter sexual no se reducen a las relaciones sexuales propiamente dichas. Más bien, una modalidad muy generalizada de servicio sexual es lo que se denomina «ficha», servicio que realizan las «damas de compañía». El sistema de la ficha consiste en mujeres que acompañan a hombres y les hacen consumir trago: por cada cerveza o jarra de alcohol que ellos compren mientras la mujer conversa y toma con ellos, el o la dueña del local le entrega una ficha, es decir un ticket, cuyo valor es variable, en remuneración a su servicio. Así, en un bar de Colquemarca, dos cervezas valen 40 soles, incluyendo el pago de la «compañía», y la botella de trago, también «con compañía», 200 soles (Weill & Layme Choque 2024). Dentro de los bares donde trabajan, las mujeres tienen cuartos hechos de calamina donde reciben a los clientes que quieren llevar la «compañía» al siguiente paso, es decir, a una relación sexual propiamente dicha.

Las trabajadoras sexuales no tienen derecho a salir del local salvo una hora al mediodía para almorzar. Y, durante sus horas de trabajo, se encuentran estrictamente vigiladas por los dueños del bar. Sus condiciones de trabajo son difíciles: a menudo, los mineros borrachos y empoderados las tocan sin consentimiento y sin la paga correspondiente, o ejercen violencia contra ellas (como darles bofetadas) y, sin la intervención del dueño, ellas no pueden o no deben decir nada. Se enfrentan también a la violencia de algunas esposas, enfurecidas por la infidelidad de los hombres, pero sobre todo porque el dinero del negocio familiar «se lo agarra otra mujer». Para

La Rinconada, Robles y Sánchez (2024) relatan el caso de un minero en desamor que hizo reventar con explosivos el local donde una mujer lo habría despreciado. Además, los riesgos de violación y de desaparición forzada son importantes. Se trata pues de condiciones de trabajo sumamente delimitadas, controladas, que exponen a las mujeres a niveles de violencia muy altos.

Por ello, y también por el miedo que esta situación genera, no hemos podido acercarnos para conversar sobre el consentimiento y la agencia que ellas pueden tener. Sin embargo, quisiéramos evitar caer en una suerte de victimización¹⁵ de las mujeres que ofrecen esos servicios sexuales. Si bien es cierto que el engaño y el condicionamiento (a través del enganche y la deuda) existen y son frecuentemente el primer paso de entrada a las redes de trata, no todas las mujeres son efectivamente obligadas a quedarse: algunas *escogen* hacerlo. Es preciso tomar en cuenta que muchas de las que se encuentran ofreciendo servicios sexuales, generalmente en modalidad de trata, son mujeres que provienen de situaciones de vida particularmente vulnerables. En Colquemarca, se encuentran principalmente mujeres venezolanas cuyo estatus migratorio las ubica en una situación de gran precariedad, y que buscan lugares mineros alejados del acoso policial para ganarse la vida. También hay niñas locales víctimas de mucha violencia doméstica y de numerosos abusos por parte de sus padres, tíos, hermanos, abuelos, primos o vecinos. Según reportan sus compañeras, ofrecer servicios sexuales les permite independizarse económicamente y tener un lugar donde vivir que no sea la casa familiar donde las violentan. El hecho de que muchas chicas rescatadas de la trata se escapen y regresen a esa labor nos debe llamar la atención: tal vez el problema radica en que su vida fuera de la trata, socioeconómicamente hablando, es *peor* que su vida dentro de ella. Lejos de la imagen de víctima sin agencia ni voz propia, consideramos necesario adentrarse en la realidad experimentada por aquellas mujeres que, siendo excluidas de los recursos económicos por una economía capitalista, racista y masculina, a veces no tienen otra opción que transitar por el mundo de la «prostitución» y sus lotes de violencia y riesgos letales para «salir adelante».

b) Efectos de la presencia de comercio sexual en las mujeres de Colquemarca y Asacasi

Más allá de las trabajadoras sexuales como tales, el consumo masculino de estos cuerpos femeninos (Vergaray Arévalo 2021) en los prostibares de la zona tiene efectos

15 La victimización, al final de cuentas, no es más que la otra cara de la estigmatización: en ambos casos, el comercio sexual es visto como algo *immoral*. En el primero, se considera que se ejerce a pesar de la propia voluntad de la mujer; en el otro, que se realiza con plena consciencia por parte de las «mujeres de mala vida». Proponemos acá una lectura materialista que permita alejarse de la moralidad, porque esto no ayuda a entender, sino que juzga y refuerza las normas sociales que violentan a todas las mujeres, aunque de manera y en grados diferentes.

en las demás mujeres. En particular, ilustraremos aquí dos aspectos: la reproducción de criterios de belleza racistas y la de prácticas sexuales no consentidas dentro de las parejas.

En Colquemarca, como se ha dicho, muchas de las mujeres que trabajan en los prostibares son venezolanas. Durante un taller en el colegio La Merced, una adolescente de 14 años comentó que sus compañeros de clase la fastidian al decirle: «Acá en Colquemarca nadie tiene buen cuerpo, son una plancha sin teta ni culo, no como las venezolanas que son 90-60-90». Ello hace eco a un testimonio en Espinar, donde una comunera comentaba sobre las peleas con su esposo: «“Tú eres bajita, tú eres negra, fea, nada delante y nada atrás, ¿qué cosa tienes tú?, ¿qué de bueno tienes?”» Así me decía. Habremos estado dos años bonitos, de ahí empezó a compararme con las señoritas, con jóvenes, con sus compañeras del estudio. Me comparaba que ellas se ponen pantalón, “Tú no te pones pantalón, que tú andas así así así”. Los criterios de belleza bajo los cuales las mujeres se ven juzgadas aquí son claramente racistas. Las referencias al tamaño de esta mujer, a su color de piel y al tipo de ropa que lleva son elementos que determinan la posición racial en los Andes (Weismantel 2017). La comparación de la forma de cuerpo de las jóvenes colquemarquinas con la de las venezolanas también implica una discriminación de tipo racial.

Por otro lado, lo notable es un cambio en las prácticas sexuales de los varones «aprendidas» en los prostibares. En el puesto de salud de la comunidad de Asacasi, el personal afirma haber podido constatar lesiones anales durante los partos a raíz de prácticas impuestas por los esposos que buscan repetir lo aprendido en los prostibares. Un caso similar se reportó en Colquemarca. La esposa se negó a aceptar esas prácticas sexuales «raras». Su esposo intentó imponerlo a la fuerza, también se fue de casa — a comer en restaurantes y dormir en un hotel— y no volvió durante tres días, para «castigarla». Es, claro está, una forma de violencia sexual y psicológica muy fuerte. Así entonces, la presencia de comercio sexual representa no solamente una violencia para las mujeres que ofrecen servicios sexuales de forma más o menos coaccionada en el marco de la trata, sino, a la par, una violencia racista y sexual mayor para las mujeres del entorno social local.

Se suele escuchar que la existencia de los prostibares sería «un mal necesario»: la presencia de tantos hombres juntos, sin sus familias o hacinados en campamentos, implicaría un riesgo «natural» de desborde sexual. Para evitar las violaciones, entonces, sería mejor —según varias opiniones— que existan esos lugares. Sin embargo, como bien lo subraya Melisa Cabrapan Duarte, «la prostitución no es una respuesta natural a un número desproporcionado de hombres jóvenes [heterosexuales], sino que [...] [se trata de] una elección culturalmente construida» (2019: 198-199). La justificación para el consumo de comercio sexual bajo la idea de «evitar violaciones» no nos parece aceptable en teoría, sobre todo porque lejos de evitar la violencia sexual, la *promociona*: las formas de sexualidad masculina empoderada, unilateral, soberbia y violenta se *aprenden* en los prostibares y se *reproducen* luego con las parejas,

o con otras mujeres. Así, la dueña de un restaurant de Colquemarca comentaba lo «malcriados» que pueden llegar a ser algunos clientes mineros, tocando partes íntimas de las mozas, chicas muy jóvenes de las zonas rurales, o haciéndoles directamente ofrecimientos sexuales. Cosas que no existían antes del *boom* minero en este distrito rural que contaba entre los más pobres del país.

IV. A manera de conclusión: reflexiones sobre el vínculo entre capitalismo y relaciones de género

Para concluir, nos parece crucial recordar que lo que sucede en contextos de minería (tanto formal como informal) no es más que un reflejo de lo que son nuestras sociedades capitalistas de manera general. Es crucial, porque los propios actores insisten en ello: «Es demasiado el machismo a nivel nacional, *no solo aquí*», dicen en la comunidad de Asacasi. El riesgo es estigmatizar una actividad económica, y al sector de la población que acude a ella a falta de otras oportunidades, cuando la realidad de la violencia social por las enormes desigualdades económicas es transversal a todas las sociedades capitalistas. Lo que hace la minería —insistimos: tanto la formal como la informal— es extender las lógicas capitalistas a sociedades que, hasta hace poco, se encontraban un poco más al margen de la economía monetaria y de la sociedad nacional. Esta relativa marginalidad les proporcionaba cierto grado de autonomía (Hervé 2013), pero resulta insostenible: las comunidades campesinas también quieren tener un lugar en la mesa a nivel nacional, como se vio durante el estallido de 2022 y 2023. Y tener este lugar significa, entre otras cosas, ser parte de la economía hegemónica, capitalista, con todos los costos que ello implica.

Lo que vemos en este estudio es que con el surgimiento de la minería las mujeres resultan aun más explotadas y excluidas, reproduciéndose así el patrón de expansión capitalista en nuevos territorios.

Son más explotadas, como lo vimos, porque su trabajo invisibilizado es una suerte de subsidio a la minería masculina. Ello corresponde en forma casi idéntica a lo descrito por Silvia Federici en su importantísimo libro *El patriarcado del salario* (2018). Según esta socióloga italiana, el capitalismo se desarrolló a fines del siglo XIX en Europa al negociar con los hombres de la clase obrera aumentos de sueldos masculinos a cambio de una domesticación de las mujeres. De tal forma, el salario (como institución social) funciona a la vez como mecanismo de dominación y control del patrón sobre el obrero, y de este sobre su esposa. El capitalismo se reproduce y se expande gracias al trabajo (gratuito e invisibilizado) de los cuerpos y de las vidas de las mujeres, particularmente de las mujeres mayores y campesinas.

Son más excluidas porque, a medida que las comunidades se vuelven espacios claves para el acceso y el control de recursos cuya extracción es el corazón de la economía local, las mujeres son crecientemente apartadas de la toma de decisiones.

En las comunidades de Colquemarca donde la asamblea comunal es soberana para tomar decisiones respecto al acceso y manejo de los recursos mineros, los hombres suelen rechazar la participación de las mujeres.

Reportan también que, en otras comunidades mineras de Colquemarca, se pretende inscribir en el estatuto comunal que las mujeres no podrán ser parte de las juntas directivas —seguramente porque «mujer [es] más difícil de corromper que hombre, y no lo pueden pegar a la mujer si se opone a la mina. Tal vez sea por eso que no quieren que entre a la junta directiva», comentó una comunera de Idiopa Naupa Japo, que conoce un intenso proceso de minería comunal. En una economía masculinizada, parece que la política también es masculinizada. A nivel nacional estamos acostumbradas a tener una «democracia» sin mujeres o, en todo caso, sin mujeres de clases populares, porque, ¿cómo sería posible participar políticamente cuando se es expuesta a una carga laboral cada vez más pesada, a niveles de violencia muy altos y a la exclusión del acceso a los recursos que mueven a la sociedad en su conjunto?

Para evitar la estigmatización de los actores de la minería informal en el sur andino es preciso insistir entonces en que lo que ocurre en las zonas de minería no es una excepción a la normalidad liberal y capitalista: es su cara oscura más visible. Lo descrito en este estudio debe entenderse en estos términos: desvelar la fea realidad de las condiciones socioeconómicas en las que el sistema económico mundial se reproduce y se expande, y el costo que ello tiene para las mujeres.

Bibliografía

ABSI, Pascale

2005 *Los ministros del diablo: El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí*. Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD), Embajada de Francia en Bolivia, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Fundación PIEB.

BEBBINGTON, Anthony, Leonith HINOJOSA, Denise HUMPHREYS BEBBINGTON, Maria Luisa BURNEO & Ximena WARNAARS (Eds.)

2008 «Contention and ambiguity: Mining and the possibilities of development». *Development and Change* 39(6), 887-914.

CABRAPAN DUARTE, Melisa

2019 «Economías sexoafectivas en una localidad petrolera: Un abordaje etnográfico del comercio sexual». En: S. Hofmann & M. Cabrapan Duarte (Codirs.). *Género, sexualidades y mercados sexuales en sitios extractivos de América latina*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México.

CASTRO, Carlos Alberto

2023 «Buscando el corazón del cerro: La nueva minería comunal en Colquemarca (Cusco, Perú)». *Argumentos. Revista de Ciencias Sociales* 4(2).

CHANT, Sylvia

2006 «Re-thinking the “feminization of poverty” in relation to aggregate gender indices». *Journal of Human Development* 7(2), 201-220.

CORTÉS, Geneviève

2002 «L'accès aux ressources foncières, enjeu de l'émigration rurale andine. Essai de lecture systémique à partir de l'exemple bolivien». *Revue Européenne des Migrations Internationales* 18(2), 83-104.

DERECHOS HUMANOS SIN FRONTERAS

2023 «Minería artesanal y de pequeña escala en Chumbivilcas: un mapeo inicial». Cusco: DHSF.

DURAND, Francisco

2016 *Cuando el poder extractivo captura el Estado: Lobbies, puertas giratorias y paquetazo ambiental en Perú*. Lima: Oxfam América.

ESCALANTE, Esteban

2022 *Estudios de caso: minería aurífera en dos comunidades campesinas de Apurímac*. Cusco: Centro Bartolomé de Las Casas.

ESCALANTE, Esteban & Caroline WEILL

2023 *Minería artesanal y a pequeña escala en Chumbivilcas: un mapeo inicial*. Cusco: Derechos Humanos Sin Fronteras.

FEDERICI, Silvia

2018 *El patriarcado del salario*. Madrid: Traficantes de Sueños.

GRIECO, Kyrá

2018 *Politisier l'altérité, reproduire l'inégalité. Genre, ethnicité et opposition aux activités minières dans les Andes nord-péruviennes* (tesis de doctorado). École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

GUERREROS JARA, Lisbeth & Tamara TICONA FERNÁNDEZ

2023 *Violencia familiar y dependencia emocional en mujeres de 18 a 35 años de un distrito, provincia Chumbivilcas, región Cusco* (tesis de pregrado). Universidad Autónoma Deica-Facultad de Ciencias de la Salud-Programa Académico de Psicología, Chíncha.

HERVÉ, Bruno

2013 «De campesinos a micro-empresarios: transformaciones laborales y cambios sociales en una comunidad campesina del Perú». *Iluminuras* 14(33), 50-74.

LAHIRI-DUTT, Kuntala

2018 «Extractive peasants: Reframing informal artisanal and small-scale mining debates». *Third World Quarterly* 39(8), 1561-1582.

LAYME CHOQQUE, Yonathan

2023 *La fiesta del Takanakuy: Razones antropológicas de la permanencia y transformación en la organización de una festividad en un pueblo andino del sur del Perú. Santo Tomás (Chumbivilcas) Cusco* (tesis de pregrado). Universidad Nacional Mayor de San Marcos-Facultad de Ciencias Sociales-Escuela Profesional de Antropología, Lima.

LI, Fabiana

2009 «Negotiating livelihoods. Women, mining and water resources in Peru». *Canadian Women Studies* 27(1), 97-102.

MAYER, Enrique

2004 *Casa, chacra y dinero. Economías domésticas y ecología en los Andes*.
Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

MIES, Maria

1999 *Patriarchy and accumulation on a world scale: Women in the international division of labour*. Londres: Zed Books.

NEYRA, Raquel

2017 «Extractivismo y conflictos socioambientales en el Perú». En: H. Alimonda, C. Toro Pérez & F. Martín (Eds.). *Ecología política latinoamericana: Pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica* (vol. II, pp. 159-176). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; y México: Universidad Autónoma Metropolitana.

OLIART, Patricia

2005 «Género, sexualidad y adolescencia en la provincia de Quispicanchis». En: P. Oliart, R. M. Mujica & M. García (Eds.). *Quispicanchis: Género y sexualidad* (pp. 9-45). Lima: IEP; La Paz: IPEDEHP.

PACHAS, Víctor Hugo

2019 *Enigma económico de los espíritus dueños del oro: Minería en pequeña escala de oro en Sudamérica* (tesis de doctorado). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

PHETERSON, Gail

1993 «The whore stigma: Female dishonor and male unworthiness». *Social Text* 37(37), 39-64.

POOLE, Deborah

1988 «Paisajes de poder en la cultura abigea del sur andino». *Debate Agrario* 3, 11-37.

PROGRAMA DEMOCRACIA Y TRANSFORMACIÓN GLOBAL, PDTG

2014 «Género y minería. Transformaciones del poder y alternativas al desarrollo». PDTG.
<https://generoymineriaperu.wordpress.com/>

REMY, María Isabel

2014 «¿Feminización de la agricultura peruana?». *Revista Agraria* 158, 8-9.

REYMUNDO, Lucero

2022 *Impacto de la minería del oro en las relaciones de género y parentesco. Etnografía de la comunidad nativa de San José de Karene, en la región Madre de Dios* (tesis de pregrado). Universidad Nacional Mayor de San Marcos-Facultad de Ciencias Sociales-Escuela Profesional de Antropología, Lima.

ROBLES MENGOA, María Eugenia & Ana Luisa SÁNCHEZ

2024 «Miners' endurance in informal gold mining: The extreme case of La Rinconada, Peru». Documento de discusión 3. Antwerp: Universidad de Antwerp-Institute of Development Policy (IOB).

SALDAÑA CUBA, José

2016 «La violencia del derecho a través de la criminalización de las protestas contra el proyecto Minas Conga». *RITA* 9. <http://revue-rita.com/dossier9/la-violencia-del-derecho-a-traves-de-la-criminalizacion-de-las-protestas-contra-el-proyecto-minas-conga.html>

TABET, Paola

2018 *Les doigts coupés. Pour une anthropologie féministe*. París: La Dispute.

VERGARAY ARÉVALO, Lizbet

- 2021 *Hombres que consumen cuerpos de mujeres: Mercancía sexual, víctimas de trata y explotación en La Pampa, Madre de Dios*. Terre des Hommes Suisse. <https://terredeshommessuisse.org.pe/publicaciones/libro-hombres-que-consumen-cuerpos-de-mujeres-mercancia-sexual-victimas-de-trata-y-explotacion-en-la-pampa-madre-de-dios/>

WEILL, Caroline

- 2020 *El dinero machista lo vuelve al varón: Conflits, séparations et reconfigurations des rapports sociaux de sexe sous l'influence des projets miniers à Espinar (Pérou)* (tesis de maestría). École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- 2022 «Impactos diferenciados en hombres y mujeres de la contaminación ambiental por actividades extractivas en el Perú. Caso La Oroya vs. Perú. Peritaje para la Corte Interamericana de Derechos Humanos». Inédito.
- 2023 «Reconfiguraciones de las relaciones de género en contexto minero: Una mirada feminista-materialista desde Espinar (Cusco)». En: *Ensayos de investigación y perspectiva de género, edición especial: Género, desigualdades y desarrollo en la región andina* (pp. 11-32). Lima: trAndeS, Cátedra Unesco de Igualdad de Género en Instituciones de Educación Superior y Pontificia Universidad Católica del Perú.

WEILL, Caroline, Rosmery ROCAS, Kathya ZAMALLOA & Nelly SONCCO

- 2023 *Patrones socioculturales de la violencia contra las mujeres y movimientos sociales en el sur andino: Retos, propuestas y desafíos*. Cusco: Derechos Humanos Sin Fronteras; Abancay: Aprodeh. Inédito.

WEILL, Caroline & Yonathan LAYME CHOQQUE

- 2024 «Boom minero, transformaciones socioeconómicas y relaciones de género en Colquamarca, Chumbivilcas (Cusco)». En: A.M. Araujo, M. Bravo y M. Espinoza. *Perú: El problema agrario en debate, Sepia XX* (pp. 423-456). Seminario Permanente de Investigación Agraria.

WEISMANTTEL, Mary

- 2017 *Cholas y pishtacos. Relatos de raza y sexo en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

ZHANG, Adela

- 2023 «The corporate effect: Making capitalist space and peasant dispossession in the Peruvian Andes». *Society and Space* 41(2), 310-329.